

Baldassare Castiglione

El Cortesano

Prólogo de Ángel Crespo
Traducción de Juan Boscán



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Il libro del Cortegiano*

Primera edición: 2008

Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© del prólogo: Herederos de Ángel Crespo, 2008

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-115-9

Depósito legal: M. 27.061-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 15 Prólogo: «El autorretrato de un cortesano», por Ángel Crespo

EL CORTESANO

- 45 Privilegio
49 A la muy Magnífica Señora Doña Gerónima Palova de Almogávar
53 A la muy Magnífica Señora Doña Gerónima Palova de Almogávar
57 Al muy Ilustre y Reverendo Señor Don Miguel de Silva, obispo de Viseo

PRIMER LIBRO DEL CORTESANO

- 69 Prólogo

Capítulo I

- 73 En que se da noticia de la nobleza de la casa y corte del duque de Urbino, y cuán noble y valeroso señor fue el duque Federico, cuya nobleza y virtudes heredó el hijo llamado Guidubaldo, en cuya casa y corte pasaron todas las pláticas y materias que se tratan en este libro entre los cortesanos y damas de su palacio, y pone las causas dello.

Capítulo II

- 91 Cómo fue nombrado por Emilia dama, y confirmado por la Duquesa, el conde Ludovico de Canossa para que to-

mase el cargo de formar un perfeto Cortesano, el cual acetó el cargo, y comenzando, dixo que lo primero que le pertenece al Cortesano es ser de buen linaje.

Capítulo III

- 96 En el cual se prosigue la plática sobre lo del buen linaje, en que hay sotiles contradiciones y hermosas réplicas, añadiendo primero el Conde a su Cortesano que sea de claro ingenio y gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo.

Capítulo IV

- 100 En el cual, concluyendo el Conde que el Cortesano ha de ser de buen linaje, dice que le conviene ser diestro en el uso y exercicio de las armas, y que debe huir el alabarse dello, sobre lo cual hay entre los cortesanos diversas razones y réplicas.

Capítulo V

- 111 En que se prosigue la plática de los exercicios del Cortesano. Y habiendo dicho el Conde en las pláticas pasadas que en todo lo que hiciere el Cortesano lo haga con buena gracia y aire que a todos agrade, hace una pregunta miser César Gonzaga sobre esta gracia. Sobre lo cual pasan hermosas razones y réplicas.

Capítulo VI

- 121 En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto Cortesano huir como de pestilencia la afetación, que es una tacha que desbarata y destruye totalmente el lustre de la buena gracia; el cual aviso se dio en el capítulo pasado por una generalísima regla. Y sobre esta materia

del hablar y el escribir pasa gran disputa entre los cortesanos.

Capítulo VII

- 127 En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinión, que es que las reglas que sirven para el hablar, sirvan para el escribir.

Capítulo VIII

- 136 En que, prosiguiendo el Conde su plática, dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.

Capítulo IX

- 147 Cómo al perfeto Cortesano le conviene ser ornado y ataviado en el ánimo como en el cuerpo, y qué ornato debe ser éste.

Capítulo X

- 157 Cómo al perfeto Cortesano le pertenece ser músico, así en saber cantar y entender el arte, como en tañer diversos instrumentos.

Capítulo XI

- 162 Que al Cortesano conviene tener noticia del pintar, y sobre este punto pasaron sotiles razones entre los cortesanos.

SEGUNDO LIBRO DEL CORTESANO

- 177 Prólogo

Capítulo I

- 185 En que se platica en cuál modo y manera, tiempo y sazón deba el Cortesano usar de sus buenas calidades, y poner en obra todo lo que le conviene.

Capítulo II

- 203 En el cual, prosiguiendo miser Federico su plática, dice qué tal ha de ser la conversación del Cortesano con el príncipe y con las otras personas.

Capítulo III

- 217 En que habiendo dicho miser Federico en el capítulo pasado cómo debe el Cortesano conversar con señores, dice agora en éste cómo debe conversar con sus iguales.

Capítulo IV

- 236 En el cual, siguiendo miser Federico su plática, da ciertos avisos y reglas que el Cortesano debe guardar en su conversación.

Capítulo V

- 247 En el cual miser Bernardo, a quien la señora Emilia dió la mano en el hablar, muestra cuáles son los términos y modos que debe usar el Cortesano en el decir de las gracias y motes para hacer reír, y cómo se deben fundar.

Capítulo VI

- 268 En el cual, prosiguiendo miser Bernardo su plática sobre el decir de las gracias, dice otros muchos y diversos fundamentos sobre que el Cortesano puede fundar sus gracias y donaires.

Capítulo VII

- 298 Cómo habiendo ya miser Bernardo concluido en el capítulo pasado su plática sobre el decir de las gracias y donaires, dice agora en éste las maneras y fundamentos de las burlas que suelen hacer los amigos unos a otros.

TERCER LIBRO DEL CORTESANO

323 Prólogo

Capítulo I

- 325 Cómo la Duquesa dio el cargo al manífico Julián de formar una perfeta Dama con las calidades que le convienen, así como queda un perfeto Cortesano en lo ya platicado en los dos libros pasados, el cual, acetándolo, comenzó su plática.

Capítulo II

- 336 En el cual, prosiguiendo el manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, dice los ejercicios que le competen, y cómo los debe usar; y también quiere que la Dama tenga noticia de letras, de música y del pintar, y otras muchas calidades, sobre lo cual pasan entre los cortesanos sotiles razones y réplicas.

Capítulo III

- 356 En el cual, prosiguiendo más adelante el manífico Julián su plática, cuenta en defensión de las damas algunos notables hechos que hicieron muy afamadas mujeres, y estos enxemplos trae a consecuencia contra las razones del Frigio y de Gaspar Pallavicino.

Capítulo IV

- 380 Cómo después que en el capítulo precedente el manífico Julián ha traído muchos enxemplos de los notables hechos de mujeres, en especial de la memorable señora doña Isabel, reina de España, agora en éste, tomando la mano en la plática miser César en defensión de las damas, trae otros muchos enxemplos de afamadas señoras.

Capítulo V

- 401 En el cual, concluyendo miser César en los enxemplos de ilustres mujeres, torna el manífico Julián a proseguir su plática en las calidades de la Dama, y dice cómo se ha de haber con el galán que la sigue de amores, y muéstrale a saber amar.

Capítulo VI

- 412 En el cual, prosiguiendo el manífico Julián su plática en las calidades de la Dama, en especial en mostralle saber amar, se atraviesan hermosas disputas entre la señora Emilia y el único Aretino y otros cortesanos sobre los medios que ha de tener el Cortesano para irle bien de amores y para saberse conservar en ellos.

Capítulo VII

- 427 En el cual concluye su plática en formar la Dama perfeta con las calidades que le convienen, y da algunos avisos para que el Cortesano sepa traer secretos sus amores.

CUARTO LIBRO DEL CORTESANO

- 437 Prólogo

Capítulo I

- 441 En el cual, tomando la mano en la plática Otavián Fregoso, dice cómo mediante las calidades que se le han dado al Cortesano, y con las demás que se le pueden dar, puede hacerse muy amado y privado del Príncipe, y así podrá inducille a las virtudes y reprendelle los vicios.

Capítulo II

- 451 En el cual, prosiguiendo Otavián Fregoso su plática cerca de las virtudes que son atavío del ánima, declara la

diferencia que hay entre la virtud de la temperancia y continencia, sobre la cual pasan sutiles razones entre los cortesanos.

Capítulo III

- 463 En el cual se platica cuál sea mejor gobernación, la de un buen rey o la de una buena república, y sobre esta disputa pasan entre los cortesanos sutiles razones y réplicas.

Capítulo IV

- 476 En el cual Otavián prosigue su plática cerca de las virtudes, en que pasan ciertas preguntas y respuestas, en especial cómo ha de criar y enseñar a un príncipe el perfeto Cortesano.

Capítulo V

- 495 En el cual, prosiguiendo Otavián su plática cerca del fin de la perfeta cortesanía, añade otros documentos sobre ello al Cortesano; sobre lo cual pasan algunas contradicciones y réplicas entre los cortesanos.

Capítulo VI

- 507 En el cual miser Pietro Bembo, por mandado de la Duquesa, tomando el cargo de la plática, muestra cómo el Cortesano siendo viejo puede ser enamorado, no sólo sin afrenta, mas con mayor prosperidad de honra que el mozo, y trata esta materia del amar sutilmente.

Capítulo VII y último

- 521 En el cual, prosiguiendo miser Pietro Bembo su plática, muestra al Cortesano la manera que debe tener para amar muy al contrario del amor loco que el vulgo sigue.

Prólogo

El autorretrato de un cortesano

1

Los treinta primeros años del siglo XVI coinciden casi exactamente con los últimos y más importantes de la vida y de la producción literaria del conde Baldassare de Castiglione, una atractiva personalidad de la Italia que, entre 1475 y 1525 aproximadamente, dio lugar a las más espléndidas floraciones de las artes y las letras del Renacimiento. Es la asombrosa y contradictoria época en que las grandes y pequeñas cortes italianas se convirtieron, a pesar de la decadencia política general, que puso en manos o bajo la influencia del extranjero a la casi totalidad del país, en sede de la indiscutible vanguardia cultural de Europa. «Espectáculo –ha escrito Carducci– que otros podrán llamar vergonzoso, y que a mí me parece santamente conmovedor, este de un pueblo de filósofos, de poetas, de artistas que, en medio de los soldados extranjeros que de todas partes irrumpen, continúa, atribulado pero firme, su obra cultural.»

Castiglione es, en varios sentidos, una figura típica de aquellos revueltos e inseguros tiempos. Su verdadera vocación fue, por supuesto, la literatura entendida en el amplio sentido en que la entendían los humanistas de su tiempo y sus discípulos, es decir, como lectura y escritura acerca de las más variadas disciplinas que, tomando por modelo la antigüedad grecorromana, trataban de modelar un nuevo hombre universal que, sin renunciar al cristianismo, incorporase a él las virtudes civiles y políticas de que son testimonio las obras literarias y filosóficas de aquella añorada civilización pagana. Lo que quiere decir que se trataba de una ideal, y en buena parte realizada, práctica intelectual en la que eran de fundamental importancia los factores morales, pero también los propios de la erudición filológica que puso en circulación, primero y gracias al humanismo que floreció en el siglo XIV, la literatura latina que dormitaba en las bibliotecas medievales y, a partir del siglo XV, y debido al magisterio de los eruditos bizantinos que por distintos motivos se fueron estableciendo en Italia, las obras griegas, tanto literarias como filosóficas, que habían de influir de manera decisiva en la cultura renacentista.

El caso de Castiglione, nacido el año 1478 en Casático, cerca de Mantua, en el seno de una familia aristocrática, es ejemplar en este sentido, pues tuvo por maestros de latín y de griego a dos notables profesores que impartían sus enseñanzas en Milán. Me refiero a Giorgio Merula y al célebre Demetrio Calcóndila. Merula fue un buen filólogo que, además de dedicarse a la enseñanza, cuidó, entre otras, sendas ediciones de los *Epigramas* de Marcial y de las comedias de Plauto. Más importante que él, aunque no se tratase de un Besarión, fue el bizantino Calcóndila, editor en Florencia, donde también impartió sus conocimientos, del primer

Homero en griego que se imprimía en Italia, obra que apareció en 1488, y del primer Eurípides, que vio la luz cinco años más tarde. Si la gran afición de Castiglione al teatro pudo tener sus orígenes en las enseñanzas de Merula, sus ideales platónicos tuvieron sin duda mucho que ver con las enseñanzas de quien, como Calcóndila, fue también maestro del humanista alemán Hans Reuchlin y de los italianos Giovanni de Médici, amigo de Castiglione y futuro papa León X, Angelo Poliziano y Giangiorgio Trissino.

Castiglione se educó, además, durante unos años en los que la literatura en idioma vernáculo o vulgar empezaba a ser tenida por tan digna de estudio y cultivo como las de las lenguas clásicas, de lo que es prueba, entre otras muchas, cuanto a propósito del asunto se discute en las páginas de *El Cortesano*, libro considerado, juntamente con el no muy posterior de Giovanni della Casa titulado el *Galateo*, como uno de los dos grandes modelos de la prosa italiana renacentista. Castiglione cultivó también el verso en obras como la égloga dramática *Tirsi*, que fue representada durante las fiestas del carnaval de Urbino del año 1506, o su célebre soneto sobre Roma, pero sus obras rimadas no lograron, ni tal vez lo pretendieron, igualar a sus cuatro extraordinarios diálogos cortesanos.

Aunque Castiglione no tuvo un ideal heroico, según se desprende de su celebrada escritura, no por ello dejó de verse envuelto en los acontecimientos bélicos de su entorno. Durante su juventud estuvo al servicio de Ludovico el Moro y de su señor natural y pariente por parte de madre Francesco Gonzaga, marqués de Mantua, y el año 1503 combatió a su servicio, en la batalla de Garellano, a favor de la coalición francesa derrotada por Gonzalo Fernández de Córdoba. Al año siguiente, inició una estancia, que duró

diez años, en Urbino, primero al servicio del duque Guidobaldo de Montefeltro y, cuando éste murió, al de su hijo adoptivo y sucesor Francesco Maria della Rovere, que era sobrino del papa edificador y guerrero Julio II. Fue allí donde hizo amistad y convivió con varios de los futuros personajes de *El Cortesano* y donde empezó a escribir este libro imprescindible para comprender los ideales renacentistas que habían ido sustituyendo, sin desplazarlos por entero, a los de la nobleza medieval. Con el duque Francesco Maria, participó en una expedición contra Venecia, y acompañó al papa Julio en varias de sus empresas militares, pero, antes que un guerrero, Castiglione fue un hábil diplomático y como tal representó al duque de Urbino, en 1506, ante la corte de Inglaterra y negoció al año siguiente, en Milán, con el rey Luis XII de Francia.

Cuando León X provocó la caída de Francesco Maria della Rovere en 1516, Castiglione pasó de nuevo al servicio de los Gonzaga de Mantua, de los que fue embajador en Roma desde 1519, tres años después de haber contraído matrimonio con la señora mantuana Ippolita Torrelli, que moriría a los cuatro de casada. Uno de los mejores amigos que tuvo en Roma fue Rafael Sanzio, ya gloria de Urbino, que le hizo el retrato que se conserva en el Museo del Louvre, y con el que estudió un plan de restauración de los monumentos de la urbe, que ambos presentaron al papa León acompañado de una carta de Baldassare, en la que se lamentaba de las destrucciones causadas en ellos por la barbarie de los antiguos y la desidia de los contemporáneos. Poco tiempo después, en 1520, Castiglione se dolía así, en una carta dirigida a su madre, de la muerte del gran pintor: «Yo estoy bien, pero no me creo que estoy en Roma, porque no está aquí mi pobre Rafael, que en gloria esté». En 1523, Giulio de Médi-

ci, que era primo del difunto papa León, ascendió al trono pontificio, dejado vacante por la muerte de Adriano VI, con el nombre de Clemente VII, y no tardó en nombrar a Castiglione protonotario apostólico y nuncio de la Santa Sede en España.

Menéndez Pelayo, en la biografía de Juan Boscán incluida en su *Antología de poetas líricos castellanos*, y Marcel Bataillon, en su conocida obra *Erasmus en España*, han aportado una serie de interesantes datos sobre la estancia de Castiglione en nuestro país, a los más interesantes de los cuales me iré refiriendo en esta parte del presente trabajo, no sin advertir antes que cuando el legado pontificio, que había salido de Roma a primeros de octubre de 1524, llegó a Madrid en marzo del año siguiente, era ya muy grande y peligrosa la tensión internacional debida a la rivalidad entre Carlos V y el rey Francisco I de Francia, que no había cumplido los pactos que le fueron arrancados durante su cautiverio en la capital de España. En contra de ellos, Francisco había pactado una alianza con el papa Clemente, con Venecia y con Milán, a la que se dio el nombre de Santa Liga de Cognac, con el propósito de forzar un equilibrio de poderes entre sus firmantes y las fuerzas imperiales. Las consecuencias de las maniobras diplomáticas y militares que se sucedían febrilmente dieron lugar a la invasión y al salvaje saqueo de Roma por los alemanes, franceses e italianos del partido imperial en mayo de 1527. El Papa, que se había refugiado en el castillo de Sant'Angelo, fue hecho prisionero un mes más tarde y se vio obligado a ordenar a Benvenuto Cellini que fundiese parte de sus tesoros para poder pagar su rescate. «Aquella espantosa orgía de sangre, lujuria y sacrilegio —escribe don Marcelino, tras haber comparado la crueldad de las tropas imperiales con la de las hordas de

Alarico y Totila— duró meses enteros, sin que hubiese fuerzas humanas que pudiesen atajar los desmanes de la soldadesca.»

Castiglione, que era contrario a los franceses y simpatizaba con Carlos V, había procurado, desde que llegó a la corte española, establecer unas buenas relaciones entre ella y la romana, pero el carácter vacilante del Papa y las flagrantes contradicciones de su política, causas próximas de aquellos terribles acontecimientos, hicieron inútiles los esfuerzos del nuncio. Clemente no dudó en acusarle injustamente de haberse vendido al emperador y de no haberle informado de sus propósitos. La tranquilidad de conciencia de Castiglione le permitió escribirle desde Burgos una carta exculpatoria, pero llena de firmeza, con la que logró que Clemente se desdijera y retirase sus precipitadas acusaciones. Por lo demás, su lealtad a la causa del pontífice quedaría más que suficientemente probada mediante el grave incidente en el que Castiglione chocó de manera violenta con Alfonso de Valdés, secretario de cartas latinas de Carlos V, debido a las opiniones acerca del saco de Roma difundidas por este ardiente y tesorero erasmista.

Ni Castiglione ni su amigo Andrea Navagero, el embajador de Venecia que indujo a Boscán a adoptar en castellano los metros de la poesía italiana, simpatizaron nunca con Erasmo ni con el erasmismo español. Era algo sobre lo que el mismo Erasmo no tardaría en ser informado por uno de sus corresponsales, el valenciano Pedro Juan Oliver, quien le dijo que también se mofaba de su estilo Andrea Napolitano, amigo de ambos embajadores. «No puede sufrir esta nación —le dice Oliver, refiriéndose a los tres italianos— que un solo germano haya rebajado toda la ostentación de Italia.» Y añade que el escritor que quieren oponerle es Jovia-

no Pontano, al que considera un verdadero erudito pero demasiado afectado en las palabras.

Lo que Castiglione no podía imaginarse era que la antipatía estética que le inspiraban Erasmo y los erasmistas iba a convertirse, con motivo de los desgraciados acontecimientos de Roma, en una aversión personal, o más bien franca enemistad con una de las más influyentes figuras de la corte española. Me refiero, como ya habrá adivinado el lector, al mentado Alfonso de Valdés, el cual escribió un opúsculo titulado *Diálogo de Lactancio y un arcediano* en el que se hacía eco del horror que habían provocado en toda la cristiandad los sucesos del saco de la Ciudad Eterna pero también de la opinión de los erasmistas, compartida al parecer por otros muchos españoles, según la cual aquella catástrofe fue el justo castigo de Dios descargado contra una corte pontificia que había escandalizado a toda Europa hasta el punto de crear una muy generalizada opinión en favor de la reforma de la Iglesia. Sólo que mientras Erasmo y los erasmistas proclamaban su ortodoxia y se oponían a cualquier suerte de cisma, los acontecimientos desembocarían fatalmente en la por entonces irreparable división de la cristiandad.

Valdés trata de demostrar en su mencionado diálogo que el emperador «ninguna culpa tiene de lo que en Roma se ha hecho» y que «lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios, para castigar a aquella ciudad, donde con grande ignominia de la religión cristiana reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar». Se trataba, pues, de un castigo del cielo que debía servir de ejemplo a todos los cristianos. El diálogo no fue publicado de momento, pero se hicieron copias de él y circuló tanto como si hubiera sido impreso, provocando un encuentro de pareceres entre los erasmistas y los católicos más conservadores.

Uno de éstos, Juan Alemán, primer secretario de Carlos V, denunció a Valdés ante el nuncio, es decir, ante Castiglione, como sospechoso de luteranismo. La primera reacción de Castiglione fue pedir al emperador que recogiera y quemase todas las copias del diálogo, pero Carlos le dijo que no lo había leído, que no tardaría en leerlo y que consultaría a personas de autoridad acerca de su contenido, pero que estaba seguro de que Valdés era un buen cristiano incapaz de cualquier clase de herejía.

No vamos a seguir paso a paso los muchos trámites a que esta petición y la respuesta imperial dieron lugar, y nos limitaremos a decir que Valdés, al enterarse de que había sido denunciado por Alemán, escribió a Castiglione una cortés carta en la que reconocía haberse excedido en algo al hablar de Su Santidad, y estaba dispuesto a enmendarlo, pero mantenía la tesis de la culpa, que en todo caso sería la de sus ministros, y aclaraba: «Pero si Vuestra Señoría quiere decir que en aquel *Diálogo* hay alguna cosa contraria a la religión cristiana y a las determinaciones de la Iglesia, porque eso tocaría demasiado mi honra, le suplico lo mire primero muy bien, porque estoy aquí para mantener lo que he escrito».

La reacción de Castiglione fue sorprendente y consistió en escribir una respuesta en la que, entre otras cosas, tachaba a los Valdés de tener antecedentes familiares judaicos, lo que era gravísima cosa en aquellos momentos, y llamaba a Alfonso «impudente», «sacrílego» y «furia infernal».

Es tan virulento y destemplado el tono de esta *Risposta* —comenta Menéndez Pelayo— y de tal modo contrasta no sólo con la alta urbanidad y amena índole de Castiglione, sino con la excesiva libertad, o más bien licencia, con que trató de

cosas y personas eclesiásticas en varios pasajes del *Cortegiano*, mandado expurgar después de su muerte por la Congregación romana del Índice, que no podemos menos de sentir debajo de sus ásperas palabras la honda agitación de su espíritu perturbado, no sólo por lo espantoso de la catástrofe, sino por el temor de haber perdido la confianza de Clemente VII.

Tal vez fuese este temor el que indujo a Castiglione a llevar a cabo unas gestiones, tan infructuosas como las realizadas en la corte, ante la Inquisición contra el *Diálogo* y su autor, pero el inquisidor general le respondió que criticar las malas costumbres del Papa y del clero romano no era motivo suficiente para iniciar un proceso de herejía.

El alto concepto que Carlos V tenía de Castiglione y de sus méritos, unido tal vez a su deseo de apartarle de un ambiente cortesano en el que había despertado muy encontrados sentimientos, indujeron al emperador a ofrecerle, después de que el nuncio se hubo hecho súbdito suyo, pero antes de que hubiera recibido las órdenes sagradas, el obispado de Ávila, cargo al que no pudo ser formalmente nombrado debido a su inesperada muerte, acaecida en Toledo el 2 de febrero de 1529. Poco divulgada, la reacción de Alfonso de Valdés al tener noticia de tan triste suceso se encuentra en una carta latina dirigida a Juan Dantisco escrita el día 14 de febrero siguiente, y consistió en considerar la muerte del autor de *El Cortesano* como una vindicación de Dios por la persecución de que le había hecho objeto y en poner de relieve el hecho de que el nuncio hubiera sufrido una muerte repentina que no le había permitido poner en orden sus asuntos.

Si Baldassare de Castiglione desempeñó un papel de primer orden en la política española de sus revueltos y difíciles

tiempos, su libro *El Cortesano*, que no tardaría en ser admirablemente traducido al castellano por Juan Boscán, iba a ser una de las obras más leídas en la España del siglo XVI y una de las que de manera más clara y favorable influirían en nuestra literatura del Siglo de Oro. Nos trasladaremos, pues, a la corte ducal de Urbino para ocuparnos de *El Cortesano* y de las circunstancias en que fue escrito tan singular y afortunado libro.

2

La pequeña ciudad de Urbino, edificada en unas alturas situadas a poco menos de seis leguas al sudoeste de la de Pérsaro, ribereña del Adriático, fue durante la segunda mitad del siglo XV y principios del siguiente sede de una de las cortes más brillantes, no sólo de Italia sino de todo el occidente europeo. Semejante esplendor se debió en gran parte a la fuerte y atractiva personalidad del duque Federico de Montefeltro, hijo bastardo de Guido Antonio, un condottiero que estuvo al servicio de Florencia y del papa Martín V, con cuya sobrina Catana Colonna estaba casado. Federico, que fue en su adolescencia rehén de los venecianos, hizo su aprendizaje militar con Francisco Sforza y con Jacopo Piccinino y llegó a ser un condottiero mucho más afortunado y famoso que su padre, pero también un estudioso de las artes y de las ciencias, de las que fue constante mecenas. Supo, asimismo, mostrarse a lo largo de toda su carrera como un dechado de templanza, justicia, ortodoxia, benignidad para con sus súbditos y demás cualidades propias de un gran señor. Además de mandar que se iniciase en el año 1465 la construcción del palacio ducal de Urbino, en el que

se desarrollan los diálogos de *El Cortesano*, reunió en sus estancias, junto a muchas y muy excelentes obras de arte, una biblioteca en la que figuraban, al lado de los clásicos griegos, latinos y hebreos, no pocos libros medievales de filosofía, teología y literatura y las mejores obras de los humanistas de su tiempo. En su corte, de alrededor de medio millar de personas, acogió a muchos de los grandes ingenios de su tiempo, entre los que se contaban Leon Battista Alberti y Piero della Francesca, que pintó el más conocido de sus retratos, hoy en la Galería de los Uffizi.

Marsilio Ficino, el gran traductor y comentarista de Platón cuyas ideas sobre el amor serían tan arrebatadoramente puestas en boca de Pietro Bembo en el cuarto y último libro de *El Cortesano*, se refiere en su carta *Laudes seculi nostri* («Alabanzas de nuestro siglo») al fervor intelectual de los tiempos de Federico con estas entusiastas palabras:

Si hay una edad que debemos llamar de oro, es sin duda aquella que produce por doquier ingenios de oro. Y que tal sea nuestro siglo no lo pondrá en duda quien quiera tomar en consideración sus admirables invenciones [...] Y, cosa que los antiguos solían celebrar, pero casi había desaparecido entonces, ha unido la sabiduría a la elocuencia, la prudencia al arte de la guerra. Y esto lo ha mostrado sobre todo en Federico duque de Urbino, de cuyas virtudes hizo herederos a su hijo y a su hermano.

El hijo de Federico a quien se refiere Ficino no es otro que Guidobaldo, conde de Montefeltro y duque de Urbino, a cuyo servicio entró Castiglione el año 1504.

Guidobaldo, que, por hallarse seriamente enfermo de gota, tenía que retirarse a descansar mucho antes de que lo hiciesen los más trasnochadores y conversadores de sus